

REVISTA ESPIRITISTA.

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESUMEN.

Sección doctrinal: El alma; su existencia; su inmortalidad.—*Correspondencia:* Noticias espiritistas.—*Disertaciones espiritistas:* Contemplad las aves del cielo.—Desgraciado el que siembra la discordia.—No temáis volver á la vida del Espíritu.—*Variedades:* Desde el cielo. (Poesía).—*Miscelánea:* Nuevo periódico espiritista.—Círculo Espiritista de Cartagena.—Progresos en óptica.—*Anuncios.*

SECCION DOCTRINAL.

El alma.—Su existencia.—Su inmortalidad.

La existencia de un principio espiritual, es un hecho, que no tiene, por decirlo así, mas necesidad de demostraciones que el principio material; es, en cierto modo, una verdad axiomática, que se afirma por sus efectos, como la materia por los que le son propios.

Allan Kardec.

Qué es el alma? En su esencia, no podemos decirlo, porque está fuera del alcance de nuestros medios de apreciacion; como lo está el principio, la esencia de todas las cosas.

Si sometemos al análisis un cuerpo cualquiera, un terron de azúcar, por ejemplo, hallarémos que se compone—en proporciones distintas—de oxígeno, hidrógeno y carbono. Pero; ¿qué son en si el oxígeno, el hidrógeno y el carbono? Lo ignoramos. Tan sólo creemos que son cuerpos simples; y lo que de ellos se sabe, es que, en diferentes combinaciones con otros de los tambien llamados cuerpos simples, entran en la composicion de muchas de las sustancias conocidas. Se nos objetará, quizá, que si bien es

cierto que nada sabemos de la esencia de esos ni de los otros cuerpos, por lo menos, los conocemos por sus propiedades fisicas y quimicas; cuando nada de esto sabemos del alma; cuando á ésta no podemos examinarla de ningun modo.

Es verdad. Pero; ¿podemos examinar el éter, ese fluido invisible, utilísimo, imponderable, que por todas partes nos rodea y nos penetra; que ocupa los espacios siderales y trasmite á los mundos por medio de las misteriosas vibraciones de sus átomos, los elementos de vida que emanen de sus soles? No: pero hoy nadie duda de su existencia; todos creemos que el éter existe, aunque no le veamos, aunque no le toquemos, aunque no le sintamos. Mas no nos remontemos tan alto: busquemos ejemplos más á mano. ¿Sabemos qué es la electricidad? ¿Sabemos qué es el magnetismo mineral? Tampoco: tan sólo conocemos algunos de sus efectos, y eso nos basta para darnos cuenta de su existencia.

Lo mismo, pues, nos sucede con el alma.

No la conocemos en si; pero deducimos que existe, en vista de sus efectos.

La inteligencia no puede atribuirse á la materia, porque ésta no tiene propiedades inteligentes. En el hombre, apreciamos la inteligencia, vemos sus resultados, luego ésta se debe á un principio independiente de la materia; y á ese principio inteligente es al que llamamos alma.

El alma, es, pues, el principio activo que anima la materia; el sér que piensa, siente y quiere; en una palabra, el *yo*: y el cuerpo que reviste durante la vida material, es el aparato que le sirve para el ejercicio de sus funciones; y por consiguiente, está constituido de manera que le permite ponerse en relacion con los objetos del mundo fisico. El cuerpo vive por el alma; separada ésta, queda sólo un cadáver. Intimamente unida al cuerpo, creemos que reside en todo el organismo; pero el cerebro es su instrumento de manifestacion, por eso converge á él esa delicada red de hilos llamados nervios, que son los agentes por los cuales recibe el alma las impresiones exteriores.

La luz, hiriendo los cuerpos, los hace sensibles á la retina; y ésta, que no es más que una expansion del nervio óptico, trasmite al cerebro la imagen de los objetos. El aire conduce los sonidos de los cuerpos en vibracion; la onda sonora, penetrando por el conducto llamado auditivo, va á impresionar el nervio acústico, por medio del cual se trasmite así mismo al cerebro la sensacion. Las partículas odoríferas, tan tenuas que la vista ni el oido no pueden apreciar, impresionan los nervios olfatorios, que conducen esta

sensacion al centro comun, al cerebro. Otros nervios, cuyos delgadisimos filotes están convenientemente esparcidos por la lengua y otras partes de la cavidad bucal, son los encargados de trasmisitir las sensaciones del gusto: y por ultimo; profusamente en los órganos destinados al tacto, y generalmente en toda la superficie cutánea, existen una porcion de fibrillas nerviosas que convergen— como todas—al centro comun, por medio de las cuales recibe el alma las impresiones que ocasiona el tacto, y las distintas sensaciones de placer y de dolor.

Estos son los cinco sentidos; pór medio de ellos, el alma, durante su estado de encarnacion, se halla en relacion con los objetos del mundo exterior.

De poco le serviria al alma querer, durante su permanencia en la materia, si no tenia los medios de obrar; pero á la facultad de lo primero, reune los medios de ejecutar lo segundo. Hemos visto que la accion de los nervios pertenecientes á los sentidos y á la sensibilidad, es, de la periferie al centro del organismo, ya que por ellos se trasmiten las sensaciones exteriores; pues hay otros nervios llamados motores, cuya aceion es, del centro á la periferie. Estos nervios motores, son los que, obedeciendo á la voluntad, conducen á los músculos el estimulo necesario, para que por medio de su accion, se determine el movimiento. Sin los medios de accion, solamente podriamos recibir las sensaciones exteriores: pero estariamos imposibilitados de acercarnos al objeto cuya vista nos es agradable, de separar aquellos cuya sensacion nos es molesta, de asir los que deseamos, de trasladarnos de un punto á otro.

La relacion entre el alma y el cuerpo, es tan intima durante la vida material, que mediante el organismo, el principio espiritual percibe sensaciones puramente materiales; y las funciones orgánicas se resienten, cuando el alma experimenta vivas emociones morales.

Hemos dicho que el cerebro, es el órgano por el cual el alma se manifies-
ta; por medio de él recibe las impresiones externas, y por medio de él com-
para, raciocina y deduce. Toda lesion, pues, que este órgano reciba, ha de
producir perturbaciones en las manifestaciones de la inteligencia; no por de-
fecto del alma, sino del instrumento: y si la lesion es grave, tiene lugar lo
que en patología se llama—impropriamente—abolicion de la inteligencia. De-
cimos impropriamente, porque la inteligencia no está abolida en el individuo;
lo que tiene lugar, es, que no puede manifestarse sensiblemente al mundo
exterior, porque el órgano que para ello le sirve, está inutilizado para el
ejercicio de sus funciones.

II.

La escuela materialista, niega la existencia de un principio espiritual en el hombre; y para explicar los fenómenos de la inteligencia, dice, que esto son funciones propias de la materia, resultados de su estado de organización. El hombre, segun los materialistas, no es más que un agregado de materia: y la inteligencia, la voluntad, el sentimiento, en una palabra, todas las facultades que los espiritualistas atribuimos al alma, son una consecuencia de la organización, simples secreciones del cerebro.

Este principio, ha sido vestido con las más ricas galas que la erudición de sus mantenedores ha podido prestarle; pero el vistoso atavio científico con que se le ha engalanado, no le libra de caer destruido ante la razón y ante los hechos.

En efecto: si la voluntad es consecuencia de la materia; ¿cómo el efecto está sobre la causa? ¿Cómo puede tener acción sobre ella? Además; de la organización de la materia, no resulta la inteligencia. ni de ninguna de las combinaciones que con ella puedan hacerse, brotará jamás un pensamiento: y la razón es muy sencilla, la materia tiene propiedades físicas, pero no inteligentes; y por consiguiente, los resultados de todas las combinaciones imaginables, serán físicos, pero no inteligentes.

Niegan, los materialistas, que la inteligencia pueda existir separada del organismo; pero lo contrario se afirma por los hechos. El ser inteligente, puede, en cierto modo, ser aislado del cuerpo; y mientras éste queda inerte, insensible, funcionando sólo en él la vida vegetativa, el principio espiritual continua gozando de sus facultades, teniendo conciencia de su *yo*.

Nuestros lectores, saben muy bien, que por medio del magnetismo, se obtiene este resultado; que el cuerpo del magnetizado, queda ante nosotros en un estado de insensibilidad, completa en algunos casos, y que en este estado, *puede* darnos cuenta de hechos que suceden en el momento, lejos de punto donde nos encontramos, ó hacernos una descripción detallada y exacta de lugares que aquel individuo no ha visitado. Ahora bien: si su cuerpo se halla delante de nosotros, es evidente que no se halla en otra parte; y si aquello que refiere, acontece en otro punto más ó menos lejano, donde nuestros sentidos no alcanzan, es indudable que *algo* de aquel sujeto se encuentra allí, ó lo percibe desde el lugar que ocupa; y este *algo*, que *percibe*, no es por cierto la materia, puesto que está con nosotros; ni se vale de los

órganos de relacion. Pero no queremos referirnos á los experimentos de esta clase que pueden hacerse por medio del magnetismo, porque si bien creemos que nuestros habituales lectores admiten el magnetismo, y aun la mayor parte habrán tenido ocasion de apreciar por si mismos éstos y otros fenómenos; el magnetismo es todavía negado por muchos, y por consiguiente, hemos de buscar, para probar completamente nuestras afirmaciones, un terreno que sea admitido por todos. Si solamente hubiéramos de escribir para nuestros hermanos en creencias, desde luego renunciaríamos á tomar la pluma, porque no tenemos la pretension de decirles cosa que no sepan, y porque seria ocioso presentar las pruebas de la existencia de una cosa en la cual todos creemos; pero un periódico está destinado tambien á ir á manos de contrarios, y á estos particularmente nos dirigimos en este trabajo; y por consiguiente, debemos colocarnos en un terreno que sea legal para ellos, así como tambien lo es para nosotros.

Es sabido que existen ciertas sustancias, cuyos efectos en el organismo, son, producir la parálisis de la sensibilidad, y las manifestaciones de la inteligencia y de la voluntad. Estas sustancias, á las que se ha dado el nombre de anestésicos, se emplean, durante las operaciones quirúrgicas, para sustraer al individuo á los agudos dolores que ocasiona la accion de los instrumentos: merced á ellas, el cuerpo queda inmóvil como un cadáver, y el operador hunde el bisturí en las carnes del paciente y separa los tegidos enfermos de los sanos, sin que el enfermo experimente el menor dolor. Al recobrar nuevamente el uso de sus sentidos, se maravilla el paciente al saber que la operacion está terminada, otras veces *sabe* que se ha verificado, aunque su inteligencia no se haya manifestado durante ella, ni haya sentido dolor alguno.

Mientras el cuerpo queda insensible á la disposicion del cirujano, el Espíritu, desprendido de la materia, ó vaga por otras regiones, ó percibe lo que con su cuerpo se está haciendo, pero como si le fuere cosa extraña. Si alguna prueba—dice el Dr. Bouisson—puede demostrar la independencia del *yo*, es seguramente la que nos dan los individuos sometidos á la accion del éter, en los cuales las facultades intelectuales, resisten, en aquel estado, á la accion de los agentes anestésicos. La sensibilidad, que une la vida y la inteligencia, se debilita y extingue; la vida persiste, la inteligencia continua y el lazo desaparece.

Aunque la separacion del Espíritu y de la materia, durante el estado anestésico, no es ni puede ser completa, porque esto implicaria la muerte; en al-

gunos casos, cuando la anestesia es muy profunda, los lazos que les unen son tan débiles, que el Espíritu abandona durante aquellos cortos instantes su cárcel material. El rostro del enfermo, toma algunas veces una expresión inefable de dicha, mientras la cuchilla del operador penetra profundamente en los tegidos, ó el trépano perfora los huesos. Un enfermo que había estado sometido durante la operación á las inhalaciones del éter, decía después al Doctor Bourdon, refiriendo las sensaciones que había experimentado: «Parece que una brisa deliciosa me empuja á través de los espacios, como un alma á quien dulcemente lleva su ángel guardián (1)»; y el Dr. Cassaignac, refiriéndose á lo dicho por algunos operados sometidos á la acción de un anestésico, dice: «les parece no encontrarse en su lecho; se creen literalmente en el aire.

Hemos dicho que algunos enfermos, aunque insensibles durante la operación, tienen conciencia, al despertar, de lo que con su cuerpo se ha hecho; han seguido, digámoslo así, como meros espectadores, las fases de la operación paso á paso. Hé aquí uno de estos casos, referido por Velpeau, que tomamos de la preciosa obra de D. Ramón de La Sagra; *El Alma, demostración de su realidad, deducida del estudio de los efectos del cloroformo y del curare en la economía animal*: «Un noble ruso, había solicitado los auxilios del eminentísimo cirujano, para una enfermedad cuyos progresos no podían ser contenidos, sino por una de las más dolorosas operaciones. Se trataba de extirpar un ojo, que había tomado el carácter canceroso. Sometido á los vapores anestésicos, el enfermo cayó en un sueño completo, y la operación se practicó sin que manifestara el menor dolor. Al despertar, refirió al médico lo que por él había pasado.—«Yo no he perdido—le dijo—la hilación de mis ideas: resignado á la operación, sabía que procedíais á ella, y he seguido todas sus fases, aunque sin sentir el menor dolor; pero oía distintamente el ruido que producía vuestro instrumento, al penetrar en las partes afectadas, y que cortaba y separaba las que estaban enfermas, de las sanas.» Así, añade Velpeau, salvo el dolor y la facultad de resistirse, la inteligencia persistía y analizaba hasta la operación misma.»

El periódico de Londres, *The Chemist and Druggist*, en su número correspondiente al 15 de Marzo último, inserta uno de estos casos, tomado del *British Journal of Dental science*, pero tan notable, que no podemos resistir al deseo de darlo á conocer á nuestros lectores. El operado es precisamente

(1) Bourdon, *De l' Elherisme*.

unpracticante, M. James Richardson, L. D. S., y describe de este modo sus sensaciones:

«Me vi obligado á sufrir una operación dolorosa, y para ello deseé someterme á la inhalacion del gas óxido-nitrico. Yo lo habia administrado muchas veces, y al oír el modo incoherente como se expresaban los mismos pacientes, acerca de las sensaciones que experimentaban durante su estado anestésico, esperé poder definir algo por mí mismo sobre el particular. Y digo esperé, porque ciertamente no es posible definir cuáles sean los efectos de la accion del gas sobre un individuo, hasta tanto que haya pasado por si mismo. Como no dudo que su influencia puede ser distinta, segun las condiciones particulares de las personas á quienes se aplique, y siendo esta cuestión de sumo interés para nosotros, creo que vale la pena que se estudie, como todo lo concerniente á este asunto.

»Estuve bien asistido. Dos individuos del Real Colegio de Cirujanos, y el encargado de la anestesia, estaban situados detrás de mi, de modo que sólo pude ver la cara á este último, cuando se inclinó hacia mí con el aparato. A los otros dos, no llegué á verles, estoy seguro de ello. Yo estaba sereno, y en cuanto el aparato estuvo colocado convenientemente, tomé la firme resolucion de recibir el gas. Tenia los ojos abiertos, y fijos en la pared que estaba algo apartada. Les oí decir: «recibe el gas libremente»; estas fueron las últimas palabras que pude percibir. Primero sentí pesadez en los párpados, luego se cerraron. Entonces, me pareció encontrarme en otra atmósfera diferente de la normal; no desagradable, semejante á la de un invernadero cuya temperatura fuera la de los trópicos. No experimenté esa opresion ni sofocaciou de que tanto se ha hablado; lo único que sentí, fué ese cambio de atmósfera que me pareció suave y vaporosa. Al mismo tiempo percibi como un zumbido, que comparo al que se debe sentir al penetrar bajo las aguas con la campana de los buzos, aunque no tan violento. Enseguida vi como una luz de color violado, de regular tamaño, que se movia de una manera extraña, extraterrestre y vertiginosa. Esta luz subia, y me pareció que yo la seguia en su ascencion; llevado de un modo particular, subi con ella hasta elevarme á una gran altura. Percibia siempre el mismo zumbido. Por ultimo, la luz en la cual estaba fija toda mi atencion, se detuvo. El zumbido cesó; la altura en que nos hallábamos era inmensa. En aquel punto, me pareció que yo era una nulidad. Dediqué toda mi atencion al ruido que percibia y al movimiento de la luz. La atmósfera, había perdido para mi todo lo que hubiera podido tener de desagradable. Un

»cambio particular se había verificado en mi sér, yo era, como si dijéramos
»otra persona. Podia ver y examinar todo mi cuerpo, que se hallaba en un
»estado parecido al de la catalepsia. Y del mismo modo que en un dia se-
»reno, se puede oir desde una gran altura una conversacion que tiene lugar
»en la orilla del mar, sin poder distinguir á los interlocutores; asi mismo yo
»percibia un murmullo extraño, y oia una voz que parecia explicar algo á
»los demás, concerniente á mi individualidad corporal. No comprendia lo
»que se decia, pero estaba seguro de que se hablaba de mí y que allí habia
»otras personas, y gradualmente crecia mi convencimiento que me hallaba
»inerme, y que algo se estaba haciendo conmigo. Una calma sepulcral se su-
»cedió despues; el murmullo cesó por completo; miré atentamente, y pude
»ver á aquellas personas, que inclinada la cabeza, me miraban detenida-
»mente. Luego la levantaron, y la misma voz que habia hablado, continuó.
»Por más que yo sea muy sensible en mi estado normal, no sentí el dolor
»que la operacion me habia de ocasionar. El operador me hirió por dos
»veces y en dos partes distintas; y á pesar de no sentir ni la menor punzada,
»sabia que el tumor habia sido abierto. Solamente cuando le exprimieron,
»para vaciar completamente la cavidad, sentí una sensacion dolorosa, y me
»quejé, q por lo menos me lo pareció. Luego comprendí que estaba termi-
»nada la operacion; mas al querer demostrar mi agradecimiento, me aper-
»cibi que no podia hablar, ni menos moverme.

»Enseguida volví a oir el mismo zumbido de antes; la luz, que habia es-
»tado fija sobre mi cabeza, empezó á descender y yo con ella: las voces se
»iban aproximando, gradualmente las oia más distintas; por fin, la luz desa-
»pareció, el zumbido se extinguío, abri los ojos, y con el corazon lleno de
»agradecimiento estreché las manos á todos los allí presentes, y exclamé
»con todas mis fuerzas: «Gracias, Dios mio, gracias»; á lo cual me contes-
»taron que la operacion se había llevado á cabo felizmente.—Lo sé todo,
»les repliqué, sé que está terminada.

»Preguntéles si me había quejado cuando me exprimieron el tumor, y oí
»con sorpresa, que no tan sólo no me había quejado durante toda la opera-
»cion, ni exhalado el menor suspiro, sino que tampoco había hecho movi-
»miento alguno.

»Aspiré 4 gallones de gas (16 litros), y desde que empezó á funcionar el
»aparato hasta que volví en mí, trascurrieron 70 segundos.

La existencia de un principio espiritual, independiente de la materia, es-
ta suficientemente demostrado en estos y otros casos que podríamos citar:

tanto de autores extranjeros, como de algunos distinguidos facultativos españoles—con cuya amistad nós honramos—que han tenido ocasión de observarlos algunas veces.

Si el alma no sobreviviese á la descomposicion del cuerpo; las consecuencias serian las mismas que si el alma no existiera.

Y en éste caso; ¿qué objeto tendría la vida? Nacer para vivir; vivir para sufrir; nacer, vivir y sufrir, para morir despues, sin más consecuencia; hé aquí todo.

Pero esto, nos parece que es el mayor de los absurdos. Si la muerte es el punto final de la vida del individuo; si la vida del hombre concluye cuando el cuerpo exhala el ultimo suspiro; si yo, que hoy soy, mañana no seré; preciso es confesar que la perfecta armonia, que la admirable prevision que reina en el orden fisico del mundo, se trunca de repente, al entrar en el orden moral. La vida no tiene más que un objeto puramente fisico: nutricion, desarrollo y reproduccion. Esta es la vida animal. Pero; y la moral? ¿No hay recompensa para la virtud, el amor, el sacrificio; no hay recompensa para tantos desgraciados, cuya existencia es un continuo sufrimiento; para tantas victimas de las pasiones humanas? ¿No hay tampoco consecuencias para los que las han ocasionado? ¿Dónde estaria la Justicia? ¿Qué es esa intuicion que ha existido siempre en la conciencia de todos los hombres, de un *más allá*, que nos hace llevaderas las penalidades de ésta vida? ¿Será todo esto engañadoras ilusiones, mentidero espejismo del alma que nos hace entrever un oasis, para sepultarnos luego, en el abismo de la *nada*?

Si el único consuelo de los desgraciados—y estos son el mayor número en la tierra—fuera una ilusion, la creacion seria la mayor de las monstruosidades.

¡Perdon, Dios mio! Nosotros, como todo lo que existe, somos obra Tuya. A Ti debemos el sér: esta intuicion de otra vida que en nosotros existe, á Ti la debemos: Tú la has puesto en el fondo de nuestras conciencias; Tú nos has dado la Esperanza, y Tú eres la JUSTICIA.

De la realidad de la existencia del alma, se deduce una consecuencia: su inmortalidad.

No puede ser reducida á la *nada*, porque és.

Hemos visto que, paralizando los órganos por los cuales el alma se halla en relación con el mundo exterior, continua ella en el uso de sus facultades; esto es, continua siendo lo que es, ser inteligente, individualidad completa que no necesita de la materia para existir. Pues bien: la anestesia, como dice muy bien Luis Figuier (1), «es el principio de la muerte, es una inminencia de muerte por asfixia»; y tanto es así, que todos los que han practicado ó asistido á alguna operación quirúrgica, en la cual se haya empleado el cloroformo ó el éter, saben muy bien que el más ligero descuido del ayudante encargado de mantener la anestesia, produce inevitablemente la muerte completa del individuo; y sería ilógico suponer, que el ser que en aquel momento existe independiente de la materia, quedara aniquilado, reducido á la nada, si se sostuviera un poco más el estado en que se halla su cuerpo, ó se llevara algo más allá la insensibilidad que se desea obtener.

Esta es, para nosotros, una prueba, no tan sólo que la existencia del alma es una realidad, sino que el alma continua viviendo después que su vestido terrestre se ha desorganizado.

Al romperse los lazos que unen el Espíritu con la materia, el cuerpo se descompone; y el Espíritu continua viviendo su vida, como la materia la que le es propia.

Esa vida del Espíritu separado de la materia, no es una nueva vida; es la continuación de la material, que no es más que una de sus fases; y por consiguiente, tiene en ella completa conciencia de su *yo*, conserva el recuerdo de lo pasado, y la plenitud de sus facultades intelectuales.

No debemos ocuparnos del destino del alma, después de su existencia terrenal; esto nos llevaría muy lejos, y además, sólo nos hemos propuesto hablar del alma, su existencia y su inmortalidad.

ARNALDO MATEOS.

NOTICIAS ESPIRITISTAS.

A la activa propaganda que de nuestra consoladora doctrina están haciendo la «Espiritista española» y demás sociedades esparcidas por la tierra de España, hay que añadir actualmente otra, que no por ser en la forma de naturaleza opuesta, habrá de

(1) *Le lendemain de la Mort.*

producir ménos abundosos frutos. Nos referimos á la recrudecencia que experimenta la guerra, con que imagina hostigarnos el Catolicismo romano. Nosotros no podemos ménos de congratularnos de este hecho, porque sabido se está por nunca desmentida experiencia, que siempre fué la persecucion á las creencias, instrumento de su más activa propagación y más rápido y completo triunfo. Esta regla general ha sido plenamente confirmada por la historia del Espiritismo; pues siempre que las demás sectas filosóficas ó religiosas, y muy en especial el Catolicismo romano, lo han convertido en blanco de sus ataques y censuras, han logrado aumentar la propaganda de nuestra doctrina, avivando al mismo tiempo la fé de los que tenemos la fortuna de haberla ya abrazado. Hé aquí por qué, léjos de molestarnos la excomunion, que contra nuestro hermano en creencias, el sabio Dr. D. Anastasio Garcia Lopez, ha lanzado el Sr. Obispo de Osma, nos ha complacido, por el contrario. Ese prelado, á quien no podemos ménos de considerar dignísimo, porque nada en su daño sabemos, ha conseguido desde luego con su contraproducente excomunion, que la mayoría de la prensa madrileña se ocupe del asunto, manifestándosenos, ya que no completamente favorable, simpática en cuanto al pleno derecho que nos asiste para propagar nuestras creencias. Y por aquello de

Aristóteles sabio

por cierto dijo:

la privacion es causa

del apetito,

el folleto del Sr. Garcia Lopez es buscado con ansiedad y leido con avidez por gentes, que acaso nunca habrian pensado en el Espiritismo, á no ser la excomunion del Obispo de Osma.

A pesar de esto; á pesar de que ella nos es favorable, nosotros que como verdaderos espiritistas jamás debemos sacrificar la verdad y la justicia al interés y á la conveniencia, juzgamos muy oportuna la pública censura que de semejante excomunion se ha apresurado á hacer la «Espirista española». Por qué? porque como esa y todas las demás que ha lanzado y lanza el romanismo, lo son en el supuesto de que así lo requiere el puro espíritu cristiano de los que se titulan sus ministros en la tierra; los espiritistas, que vivimos verdaderamente zelosos de la integridad del eterno Evangelio de Cristo, no podemos, ni debemos consentir en silencio que se le adultere para hacerlo odioso instrumento de iras y rencores. Razon tiene la «Espirista española»: si el Obispo de Osma nos excomulga en nombre de los humanos mandamientos del *romanismo*, perfectamente excomulgados estamos; porque á esa comunión ni pertenecemos, ni deseamos pertenecer. Si empero, nos excomulga en nombre de los divinos preceptos de la ley moral, revelados, mediante la encarnación de Cristo, al vulgo de las gentes, rechazanos la excomunion; porque á la luz de la razon y de la moralidad, estamos dentro de la verdadera comunión cristiana, como lo están todos, absolutamente todos los que fieles siempre al cumplimiento del deber, adoran en Espíritu y verdad.

Otro hecho igual, si no más censurable aún que el que acaba de ser objeto de nuestras consideraciones, ha tenido lugar en el vecino pueblo del Escorial. Parece que

habiendo muerto allí un espiritista, de profesion telegrafista, el cura-párroco se ha negado á darle lo que se llama sepultura eclesiástica. De seguro que de este acto de ira é intolerancia se habrá reido grandemente el ya desencarnado Espíritu de nuestro hermano; pues él como nosotros sabe, que cualesquiera que sean las precauciones que con el cuerpo muerto se tomen, concluye por volver, en forma de impalpables átomos, á los diferentes y respectivos receptáculos donde fué tomado. El enterramiento es un acto de respeto y una precaucion higiénica, ni más ni menos. Por lo tanto, siempre que se verifique, todo queda concluido, importando poco ó nada al verdadero filósofo el sitio en que tenga lugar.

La «Espiritista española» ha creido empero, de su deber—y con razon—averiguar escrupulosamente la certitud del hecho, para, si se comprueba, gestionar del Gobierno de la República lo que proceda contra el párroco del Escorial, dada la ley de secularización de cementerios. A este objeto ha nombrado una comision de su seno, para que, si el hecho es cierto, se aviste con el gobernador de esta provincia y hasta con el ministro de Gracia y Justicia, si preciso es que así se haga, para que se proceda á lo que haya lugar con arreglo á derecho. Además, se piensa publicar un folleto, narrando los sucesos, relatando la vida ejemplar y laboriosa de Valeriano Rodríguez—que así se llamaba nuestro ya difunto hermano—e incluyendo en aquel los dos únicos escritos que ha dejado éste.

II.

Nuestras sesiones ordinarias y públicas de los sábados, destinadas al estudio de la cuestión social, van tomando mayor interés de dia en dia, y por consiguiente, va en aumento la concurrencia á ellas. Como era de suponer, y dada la índole de semejante estudio, se ha venido á parar á las cuestiones que se relacionan con la política palpitante y con la actual organización de nuestras sociedades. En Madrid, donde casi se vive exclusivamente de política, no podía menos de llamar la atención el hecho de que los Espíritus desencarnados y los espiritistas nos ocupásemos, siquiera fuese desde la altura de los principios, de lo que se llama la cosa pública. Aflujo, pues, la gente al modesto local de la calle de Cervantes, y admírense nuestros lectores: los afiliados á la «Internacional» tenían allí no pocos representantes. Como los espiritistas nada tememos que temer, puesto que honradamente procedemos á los ojos del Supremo Juez, dimos principio á nuestra sesión, planteando el temido problema de si nuestra actual organización social estaba conforme con las exigencias de la razón. La respuesta dada por los Espíritus, fué negativa, y aunque combatiendo fuerte y duramente todas las exageraciones y violencias, y fiando la solución al amor, á la caridad, á la justicia y á la instrucción, los mensajeros de la nueva revelación afirmaron la razón de ser de la «Internacional» y la imprescindibilidad de los problemas que plantea.

En materia de formas de gobierno, no fueron ni menos explícitos, ni menos enérgicos los Espíritus. Hé aquí su teoría: la estructura política debe encontrarse siempre en armonía con el grado de adelanto moral é intelectual de los pueblos; la forma ya caduca debe ser reemplazada pacíficamente por la que aconseja la ciencia y soporta

ya la mayoría de los habitantes. En caso de pertinaz resistencia, y agotados todos los medios de persuacion, es deplorable necesidad, por necesidad al cabo, la de acudir á la fuerza material. La República, aun como federación democrática de municipios, no es el último ideal que concibe la razon en punto á formas de gobierno. Admitido el progreso continuo é indefinido, el postrer estado social debe ser la anarquía, es decir, *el gobierno del hombre por si mismo sin poder externo en acción*. Ciertamente que no pueden pedirse más claridad y precision en las conclusiones, que, si han espantado á algunos espíritus timoratos, no pueden menos de ser acogidas con respeto por los hombres estudosos. Los allí congregados—y no eran pocos—quedaban agradablemente sorprendidos de ver que el Espiritismo tiene soluciones racionales para todas las necesidades y para todos los momentos históricos.

Cosa extraña: los afiliados á la «Internacional», los hombres de los excesos y de las violencias, segun dicen ciertas gentes, quisieron dar un voto de gracias á la «Espiritista española», á la sociedad de los hombres de paz y concordia, por la manera digna como trataba el problema y por las soluciones que á él presentaba. «Eso, eso es lo que nosotros queremos» exclamaban los internacionales, cuando los médiums, leyendo las comunicaciones de los Espíritus, pronunciaban las palabras amor, caridad, justicia, armonía. ¿Será que los internacionales no son los perversos que nos pintan? ¿Será que el Espiritismo, lavando y cicatrizando sus heridas, les habla el único lenguaje que entienden los afligidos; el lenguaje del amor? No podemos decirlo con seguridad; pero como quiera que sea, debemos congratularnos de que los que se llaman desheredados se acerquen al Esqiritismo; pues así conocerán la verdadera causa de la desheredacion, y aprenderán los únicos medios de rehabilitarse lo mas pronto posible.

III.

Terminaron las controversias con la escuela católica romana, sin que nos corresponda á nosotros decir de quien fué la victoria; y han dado comienzo con la escuela materialista. En cumplimiento de nuestro deber de imparciales cronistas, hemos de confesar que los materialistas, que hasta ahora han combatido el Espiritismo en la «Espiritista española», sobre manifestar un completo desconocimiento de nuestra doctrina y sus trascendentales consecuencias, no han empleado ciertamente muy afiladas y cortantes armas. Los Sres. Vinader y Capdevila, médicos de profesion, son oradores de muy difícil y poco galana frase; argumentadores bastante apegados á las antiguas fórmulas y no muy diestros en el empleo de los conocimientos—que no les negamos—proporcionados por las ciencias naturales; por la física, la química, la fisiología, etc., etc., á que son tan apegados los materialistas. El Sr. Cárcel reune escelentes dotes oratorias, siquiera se incline con frecuencia al terreno de las personalidades, y sabe sacar el suficiente fruto de su instrucción para argumentar en contra de lo que se propone combatir. Abunda en él la inexperiencia y la impetuosidad del jóven, que le arrastran á conclusiones improbables ó improbadas unas, y otras asaz contraproducentes, para que el público no las comprenda enseguida, empleándolas por lo tanto, en detrimento de la misma tesis sustentada por el Sr. Cárcel. A estos ora-

dores, materialistas los tres, tendría que advertírseles que los espiritistas no les han pedido hasta ahora una defensa del materialismo, sino la impugnación de las bases fundamentales del Espiritismo, que es el tema, y del cual ni siquiera se acuerdan. De este modo viene á ser infructuosa la discusion.

Los oradores, designados por la «Espirista española» para replicar á los arriba indicados, han sido los Sres. Garcia Lopez, Martorell y Rebolledo, ingenieros estos dos últimos. ¿Qué podrémos decir que no tengamos ya dicho, de la vasta erudicion, del recto juicio y dē la profunda razon investigadora de nuestro ilustre hermano e Dr. Garcia Lopez? Los señores Rebolledo y Martorell, como lo indica la carrera á que pertenecen, son dos espíritus dedicados á las ciencias exactas y naturales, y por lo mismo, sagazmente analíticos. El primero es de palabra sóbria y nada amante de las bellezas de pura diccion, aunque su estilo siempre sencillo, jamás cae en la vulgaridad. El segundo es un inagotable manantial de aticismo y de fina y delicada sátira. Los materialistas le perdonarán con dificultad el gracejo con que los ha combatido hasta en sus últimas trincheras. Tanto él, como los señores Garcia Lopez y Rebolledo, han manifestado hallarse muy al corriente de todos los progresos de la ciencia, y en el campo á que han sido llamados, han mantenido enhiesta la bandera del Espiritismo científico. Algunos otros partidarios de la escuela materialista tienen pedida la palabra en contra de nuestra doctrina. Esperemos sus discursos para juzgarlos imparcialmente.

Cuatro palabras únicamente sobre el teatro. En el de Variedades y en el Salon Slava se están poniendo en escena piezas en un acto, destinadas á ridiculizar el Espiritismo. Así acostumbra hacer la pulga con el leon; le hostiga, le molesta, pero el leon acaba por sacudir ligeramente la melena, y la arroja, casi exánime, á una multitud de pasos de distancia. Además, los autores del *Amante espíritu* y de la *Sesión borrascosa*, sin saberlo, ni quererlo, hacen propaganda de Espiritismo y demuestran que éste va penetrando en las costumbres sociales. A no ser así, sería tonto hablar de él; porque no conociéndole nadie, equivaldría á perder el tiempo lastimosamente. Cuando esos buenos señores ridiculizan el Espiritismo, ó tratan de ridiculizarlo, demuestran que lo ven y sienten vivir en los círculos á que concurren. De otro modo, ni noticia tendrían de él; porque hay gentes que solo viven de pujar chistes y andar á caza de gracejos. Como quiera que sea, es de desear que persistan en su propósito, que al fin y al cabo producirá sus frutos.—Z.

Madrid y Abril 3 de 1873.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

SOCIEDAD BARCELONESA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

14 Marzo 1873.

MEDIUM Sra. A. G.

CONTEMPLAD LAS AVES DEL CIELO.

El hombre pensador, el que con un deseo ardiente de progreso marcha con fé, encuentra en todo lo que le rodea un ancho campo para la meditacion y el estudio.

¿No es verdad que en dulce éxtasis pasais ratos de verdadera delicia? En estos casos, el hombre ha dejado lo que le hace exigente, ambicioso y mezquino; en aquel momento sentis el soplo verdadero de la vida real.

Seguidme y os enseñaré un cuadro encantador; seguidme con ese paso rápido de la imaginacion y os conduciré hasta encontrar un espejo donde miraros. ¡Veis en dónde estamos! ¡Ah, qué hermoso es esto! ¿no es verdad? Aquí podemos contemplar la maravillosa obra de la Creacion. Ved ese hermoso bosque con sus frondosos árboles, sus cristalinas fuentes, sus olorosas flores; ved el inmenso espacio, oid la vida de los pequeños seres; primitivos en la escala del progreso, pero en vía de él; ved ese sol consolador que vivifica las plantas dándoles con su vida, vida; ved las dulces brisas acariciándonos y prestando oxígeno á nuestros pulmones. El hombre aquí se encuentra pequeño, admira la armonía que reina y se siente transportado en dulce éxtasis! Momento delicioso, que la vista de tantas bellezas le proporciona! Tú que te reconoces pequeño en medio de tanta grandeza, quiero que observes á los que son más pequeños que tú.

Me dirás: ¿qué pueden enseñarme los que son menos que yo? Te lo diré: ¡ves esos pajarillos que alegres y bulliciosos pasan á nuestra vista! hé ahí tu espejo. A estas avecillas debes observar y verás como recorren el Universo y saltando de rama en rama viven; ¡cuántas tempestades no pasan! ¡cuántas veces han tenido que ponerse debajo de un árbol para resguardarse de la lluvia, incomodidad grande para ellos, puesto que su vestido es ligero e insignificante su fuerza! ¿Dónde encuentran sus alimentos? en todas partes. Nace el dia y ellos lo saludan cantando, empiezan sus trabajos y se proporcionan el alimento que les dá la vida. Siendo más pequeños hacen más que el hombre; nunca se les vé tristes; pasando tempestades, siempre cantando, alegres y felices siempre, cruzan el mundo. ¡No admirais á estos pequeños seres que vuestra vista apenas puede distinguir?

Me parece oír lo que quereis decirme.—;Qué diferencia, me direis, qué diferencia en todo!—No tanta amigos mios, no tanta: vuestra presuncion os lo hace creer. El hombre de la tierra es como una de esas avecillas con respecto á otros que han alcan-

zado mayor progreso, pero ménos resignado, ménos conformado que los pajarillos del bosque. ¡Veis al hombre despojado de las mezquindades de la vida! Ah! no encontrareis uno que en medio de las tempestades conserve la serenidad y se conforme al momento.

La importancia que dais á todo lo mundano, me causa compasion y me inspira un sentimiento grande de caridad, por la equivodada idea que os habeis formado de lo que sois. ¡Teneis motivos para creeros poderosos? ninguno; no obstante, de pensamiento, todos lo sois, todo os parece poco para vosotros, todo lo creeis digno de vuestro desprecio!

En medio de vuestra altivez, os olvidais de lo que sois y haceis como los niños que en sabiendo escribir un nombre, se creen en aptitud suficiente para desempeñar un cargo. Niños sois y muy niños; empezais á deletrear la cartilla del progreso! ved lo que os falta aún!... No os creáis humillados, siguiendo el egempleado que os he presentado; haced como los pajarillos del bosque, cruzad la vida sonriendo siempre, que á cada paso encontrareis un árbol para resguardaros. La patria del hombre es el Universo; la vida es el bien.

UN ESPÍRITU.

29 Marzo 1873.

MEDIUM Sra. A. G.

DESGRACIADO EL QUE SIEMBRA LA DISCORDIA.

Por más que continuamente repitamos: Caridad! caridad! este sublime eco de amor no resuena claramente en vuestros corazones; queda velado por las emociones y tempestades que pasa la humanidad.

En épocas tristes como la presente, debéis guardar esta santa enseña, este inagotable tesoro en vuestra alma. ¡Pobre del que en su corazon no la guarda, que desplomado caerá algún dia de lo alto de sus pasiones!

Este ángel llamado Cáriddad, guarda bajo sus puras y grandes alas de una blancura inmaculada, á los viajantes. Este ángel, contempla triste los azares que á todos vosotros azotan. Él acude presuroso en medio de los peligros, é infunde valor; él consuela á los pobres huérfanos, á las desconsoladas viudas; él da ánimo á la virtud. «Sigue, le dice, tu marcha, tú vencerás; nadie puede empañar tu brillo, tú brillaras eternamente, y eternamente serás querida.»

Este ángel que tal os dice, es la Caridad: esta es la imagen bella y magestrosa, que confunde ante su brillo á la impura venganza, al crimen.

¡Desgraciado el que siembra la discordia! su tea ardiente siempre, á cada paso crece y su destructora arma será arrebatada de sus manos por una fuerza superior y sepultada para siempre en el desprecio y olvido de las rectas conciencias.

Marcha, horrible figura llamada guerra; marcha sonriendo ahora que encuentras quien vive de tu sonrisa; pronto la amargura y la desesperacion será tu premio; pronto

tu nombre será aborrecido y maldecido por la humanidad; marcha por tu escabrosa senda, sembrando sangre y llanto, que las ruinas de tu propia obra han de ser tu sepultura.

Amigos, no sintais odio ni rencor hacia los infelices que así se despedazan. Esas fieras humanas, bien pronto caerán ensangrentadas y envueltas en su propia obra para nunca más levantarse.

El crimen siembra el crimen, y él mismo se arrastra á la muerte.

La virtud y la caridad, siempre se os mostrarán bellas y resplandecientes como faro que os guia en el laberinto de la vida, en la tempestuosa noche de los tiempos agitados.

Tras la agitación viene la calma, y con la calma el bienestar.

UN ESPÍRITU.

29 Marzo 1873.

MÉDUM L. M.

NO TEMAIS VOLVER A LA VIDA DEL ESPÍRITU.

¿Creeis que la vida es la muerte?

¿Creeis que la muerte es la vida?

¿Creeis, pues, en la vida futura?

¿Creeis en el supremo bien?

¿Creeis en las futuras recompensas?

¿Creeis en Dios justo é infalible dentro de sus infinitos atributos?

Pues obrad bien, con amor, con caridad y con noble abnegación, puesto que esto es lo que constituye la esencia de vuestras creencias y el mérito necesario para alcanzar después la recompensa; no temais volver a la vida del Espíritu, no sintais repulsión de retornar á vuestro estado normal, porque la felicidad imperecedera reside en donde la verdad existe, donde hay la caridad, y la caridad desaparece cuando las pasiones carnales la ahogan, la asfixian con su asqueroso y repugnante aliento.

Marchad, pues, hacia la caridad, que ella os dará un mundo de inefables dichas cuando llegueis á la vida positiva del Espíritu.

UN ESPÍRITU.

22 Marzo 1873.

MÉDUM S. G.

Mira en noche tranquila

la luna rielar,

el fresco de la brisa,

el ruido de la mar.

Que acompasada marcha

cada ola más y más,
empujando la lancha
un paso más allá.
Marinero que cantas
con alegría tal,
aprovecha la calma
que te se acaba yá.
Tan solo ahora empiezas
á ejercer tu mision,
¡Ah! canta marinero
prosigue tu cancion.
Más ay! si tu supieras
lo poco que sé yó....
no pasaras el tiempo
sinó pensando en Dios.

TU HERMANA CUSTODIA.

VARIEDADES.

DESDE EL CIELO.

Ser, no ser, fin ó partida,
Lo inmaterial y lo inerte,
Suma igual, aunque invertida:
Vivir, nacer á la muerte,
Morir, nacer á la vida.
Síntesis de la cuestión:
Vivir, buscar expiacion
A los pecados de *alla*:
Morir, buscar redencion
A los pecados de *aquí*.
Luego es ecuacion sabida,
Pues tal reversión advierte,
Dado el punto de partida.
Que es morir *ir á la vida*,
Que es vivir *ir á la muerte*.

El AUTOR.

¡Lloras porque á la altura
Tendí mi vuelo!
Si supieras, criatura,
Lo que es el cielo,
No llorarias;
Porque en él son eternas
Las alegrías.

Oye el callado acento
Con que á tu oido
Suspirando teuento
Lo que he sentido
Cuando ya inerte
De eso que llaman vida
Pasé á la muerte.
¡Te acuerdas? Sordo hervia
Mi ahogado pecho:
Llorabas mi agonía
Junto á mi lecho:
Yo te miraba,
Y con mis ojos turbios
Mi adios te daba.
¡Qué ráfagas intensas
Sentí de frío!
¡Ah, qué sombras tan densas
Ví en torno mio!
Y en medio de ellas,
¡Qué campo más extenso
Sin luz ni estrellas!...

Al sentir de mi vida
Los lazos flojos,
Inerte, adormecida,
Cerré mis ojos;
Y en tal momento
Exhalé en un suspiro
Todo mi aliento.
Después, nada, la calma,
Lo indefinido;
La vaguedad del alma
Del que dormido
Cree estar despierto,
Y absorto se pregunta:
«¡Soy vivo ó muerto!»
Más tarde, al primer rayo
Que anunció el dia,
Pensé que de un desmayo
Mi sér salia:
Lancé un suspiro,
Y me miré en tus ojos
Cual hoy me miro.
¡Te vi! — Junto á mi lecho
Desconsolado,
En lágrimas deshecho
Te vi bañado:
Llorabas mudo,
Que era horrible tu pena,
Tu dolor rudo.
Por quién llorabas tanto?
¡Por quién sufrias?
Yo te llamé.... ¡Qué espanto!
¡Tú no me oías!
De horror cubierta,
Miré.... Me vi á mí misma;
¡Ya estaba muerta!
— ¡Muerta! — grité — ¡mentira!
Despeja el cielo;
Ya no sufro, respira,
Sal de ese sueño:
¡No ves que vivo?
¡Cómo no me percibes
Cual te percibo? —
Tú callado seguíste,
Pasivo, yerto:
¡Quién era allí el más triste?
¡Quién el más muerto?
¡Ay! Vanamente
Te di un beso en los labios
Y otro en la frente.

Tú seguiste llorando
Postrado y fijo,
Los santos piés besando
De un crucifijo;
Y en abstraimiento,
A Dios me encomendaba
Tu pensamiento.
Abri entónces los ojos
A un nuevo prisma;
¡Ay!.... Aquellos despojos
Eran yo misma;
Sí; yo, Dios mio,
Yo, que ya navegaba
Por el vacío.
Con voz desgarradora,
Voz de querellá,
Dije: «¡quién soy ahora,
Siendo yo aquélla?»
Y un eco en calma
Dijo: «aquélla es tu cuerpo,
Tú eres su alma.»
De angustia comprimida,
De espanto y duelo,
Me sentí desprendida
Del carnal velo.
En que encerrada
He vivido la vida
De esa morada.—
Penetré en el vacío
Muy lentamente:
Subí.... y subí.— ¡Dios mio!
¡Qué luz! ¡Qué ambiente!
¡Cómo ascendía!
¡Cómo desde la altura
Yo te veía! —
¡Por qué estridentes, secos,
A mis oídos
Me llegaban los ecos
De tus gemidos?
¡Quién á la esfera
Me llevaba en sus alas
Tu voz entera?
En varias radiaciones
Vi en las alturas,
Celestiales visiones,
Diáfanas, puras,
Que en raudo vuelo
De oraciones cargadas
Iban al cielo.

La lumbre del espacio
Ténues hendian:
Sus ojos de topacio
Me sonreian:
Y silenciosas,
Agitaban sus alas
De seda y rosas.—
¡Volaban tan ligeras,
Con tanto anhelo!
¡Eran las mensajeras
Santas del cielo,
Que á toda hora
Llevan á Dios las preces
Del que cree y ora!
Nunca desesperado
Dudes impio;
Ellas siempre á tu lado
Templan tu hastío;
Calman tu duelo,
Y tus tristes plegarias
Llevan al cielo!
Yo escuché de pasada
Las que tú hacías
Por la que inanimada
Muerta creias;
¡Con qué contento
Se oyen las oraciones
Rasgar el viento!
Como el rumor suave
Que hacen las alas
Cuando del cielo un ave
Cruza las salas,
Así callado
El rumor de tus rezos
Pasó á mi lado.
En lluvia destrenzada,
Como el rocío,
Envié á tu morada
De llanto un río.
¡No lo sentiste?
¿Por qué miraste al cielo
Pálido y triste?
Los despojos velabas
De mi envoltura:
Luégo al cielo mirabas
Con amargura,
¡Ay! ¡Es que en ella
Del alma que va al cielo
Se ve la huella?

No lo sé: de repente
Senti el sonido
De una voz que clemente
Dijo á mi oido:
—¿Que te acobarda?—
Mírame: soy un ángel,
Voy en tu guarda.
¡Ay! miré sorprendida;
Y en luz bañado,
Un sér lleno de vida
Se alzó á mi lado:
¡Cuál sonreia!
Era su risa un alba
Que amanecía,
Era un disco su frente
De resplandores:
Su boca sonriente
Vaso de olores:
Su vestidura,
Más blanca que la nieve,
Mucho más pura.
Conemplóme un momento
Sereno y fijo:
Luégo con dulce acento
Tierno me dijo:
—«¡Por qué tu duelo?
Hija de Dios, ¿no sabes
Que vas al cielo?
»Cumplido está tu sino
De lucha y guerra:
Sufrir fué tu destino
Sobre la tierra:
¡Por qué afigida
Una vida recuerdas
Que no era vida?
»Dices que allí se ama,
Que allí algo dejas
Que á su centro te llama
Hoy que te alejas.
¡Pobre criatura!
¿No has suspirado á veces
Por esta altura?
»¡Cuántas el pensamiento
Fiel te decía:
—«¡Alma pura, á ese asiento
Tú irás un dia!»—
¿No haces memoria?
Pues ya estás en camino
De ver la gloria.

»Rota está la cadena
De tus dolores:
Alma exenta de pena,
Calla y no llores;
Cumple tu anhelo,
Mira las maravillas
Que oculta el cielo.»—
Dijo, y de luz llenando
Todo el vacío,
Séres me fué mostrando
Que al lado mio,
Y en grato coro,
Deslumbraban moviendo
Sus alas de oro.
Luz, amor, armonía,
Sol, movimiento,
Ciencia, sabiduría,
Dicha, contento;
Todo, en un punto,
Se presentó á mis ojos
En gran conjunto.
El manantial de vida
Siempre fecundo;
La cadena tendida
De mundo á mundo:
La ley secreta
A que la raza humana
Vive sujetada.
La mano que remueve
Los elementos;
El resorte que mueve
Mares y vientos:
La red flexible
Que envuelve al mundo externo
Y al invisible:
La extensión sin medida
De lo infinito:
La inexscrutable vida
De Dios bendito;
Lo que es esencia
Del tiempo en que se abisma
La inteligencia;
Todo en grata vislumbre
Llegó á mis ojos,
Y ante tan viva lumbre
Me hinqué de hinojos;
Y sobre el viento,
Bendije al sér que es alma
Del firmamento.

Miré á la tierra luégo;
Sentí pavura:
Astro casi sin fuego,
Fijo en la hondura,
Me parecía
Un faro solitario
Que se movia.
Juzguélo cuerpo inerte
Que en su nihilismo
Tiene atraccion de muerte,
Como el abismo.
¡Antro profundo!—
Purgatorio del alma
Que va á ese mundo!—
El alma, allí absorvida,
Pierde su gozo;
Cuando toma allí vida,
Lanza un sollozo;
Y en tal entrada,
Revela que al destierro
Va condenada.
De penas un enjambre
La hiere impio;
Allí la acosa el hambre,
La azota el frío:
Nada la place,
Que el dolor la acompaña
Desde que nace.
Miedo la da el presente,
Miedo el futuro:
Todo lo ve su mente
Vago y oscuro:
Sólo á lo lejos
La alumbría la esperanza
Con sus reflejos.
Abrojos va pisando,
Creee gimiendo,
Se consume anhelando,
Vive muriendo:
Y al dar la vida,
Otro sollozo lanza
Por despedida.
¡Ay! al verte cargado
Con tu cadena,
Dolor desesperado
Sentí de pena;
«¡Dolor sombrío,—
Grité:—«Para salvarte,
¿Qué haré, Dios mio?»—

Rasgóse de repente
Blanca una nube,
Y otra vez su alba frente
Mostró el querubé.
Y así, ¡oh portento!
Señalando la tierra,
Me habló su acento:—
—«Del trono de la vida,
Que está en el cielo,
Una escala florida
Pende hasta el suelo
De esas moradas,
En que las almas gimen
Abandonadas.
»Por ella van y vienen,
Siempre afanasas,
Las almas que allí tienen
Padres y esposas,
Hijos ó hermanos,
Sujetos á las pruebas
De los humanos.
»¡Las ves?—Por esos cielos
Van en bandadas,
Las que *bajan* consuelos;
Las que abrasadas
En *cariidad* ardiente,
Suben, llevando ruegos
A Dios clemente.
»Ellas son las que inspiran
A los que imploran;
Las que vagan y giran
Tras los que lloran:
Las que al inerme
Silenciosas le dicen:
«¡Tranquilo duerme!»
»Ellas son las que templan
La pena ruda:
Las que tristes contemplan
La fe que duda:
Las que con celo,
Gritan al descreido:
— ¡Piensa en el cielo!—
»Ellas las que batallan
Con las pasiones;
Las que mudan ó acallan
Las intenciones
Del sér ateo,
Que se enciende en las llamas
De un mal deseo.

»Ellas son las que alientan
Al afligido;
Las que en sueños presentan
Al bien perdido:
Y al que apenado,
Llevan sentidas frases
En són callado.
»¿Quieres ser de ese gremio?
¡Ser como ellas?
Dios os dará por premio
Mundos de estrellas.
Ahora, respira;
Abre aún más esos ojos;
Sé fuerte, mira.—
Dijo, y rasgando un velo
De mil colores,
Vino á mi en raudo vuelo,
Llena de flores,
La que algun dia
Nacida en mis entrañas
Muerta creia!
«Baja, dijo, á la tierra;
Baja, y redime
Al sér que allí se encierra,
Que llora y gime:
Dale la palma
Del que amando y sufriendo
Busca tu alma.»
É inclinándose leve,
Con embeleso,
En mi frente de nieve
Depuso un beso;
Y en vuelo tardo
Se fué; y se fué diciendo:
— «¡Vuelve....! te aguardo.»
Desde entonces, mi sombra
Te sigue y guía:
Sí; la voz que te nombra
De noche, es mia;
Mi voz callada,
Que te llama á los cielos,
Nuestra morada.
Yo acallo el sentimiento
Que te da hastío:
Leo en tu pensamiento
Como en el mio;
Y en santo empeño,
Despierto te acompaño,
Te guardo el sueño.

Anoche, mudo, en calma,

Triste, decías:

— «¡Cuándo veré yo el alma
Del alma mia?» —

Yo, suspirando,

Te repetí al oido:

«¡Ay! ¿Cuándo? ¿Cuándo?»

Hoy con amor profundo

Yo á tí te digo:

— «Siquieres á otro mundo.

Venir conmigo,

Haz bien, confía,

Reza á Dios, y muy pronto

Vendrá ese dia.»

ANTONIO HURTADO.

(De *La Ilustración Española y Americana*.)

MISCELÁNEA.

Nuevo periódico espiritista. — Nuestros hermanos de Córdoba le han empezado á publicar, con el título *La Fraternidad*. Con éste, son ya cinco los periódicos dedicados á la propagacion de la nueva idea, que ven la luz pública en España; y hé aquí una prueba manifiesta de las creces que en nuestro suelo toma el Espiritismo.

El número primero de *La Fraternidad*, que recibimos cuando estaba ya repartida nuestra Revista de Marzo, lleva interesantes artículos de varios escritores espiritistas, y una bella poesía titulada *Madre mia!* de su director D. Eduardo de los Reyes.

Saludamos cordialmente al nuevo colega cordobés, y le devolvemos su visita, deseándole larga vida y la buena asistencia espiritual, para que su misión sea fecunda en resultados.

El precio de suscripción á *La Fraternidad* es un real al mes, y se publica cada quince días. La Redacción y dirección está á cargo de D. Eduardo de los Reyes, calle José Rey, núm. 2, Córdoba.

Círculo Espiritista de Cartagena. — «El Criterio Espiritista», en su número de Marzo último, da cuenta de la creación de un nuevo Círculo Espiritista en Cartagena, siendo su Junta Directiva la siguiente:

Presidente honorario, Mr. Laurent Rouede. — Presidente, D. Manuel Pradal Canton. — Vice-presidente, D. Enrique Díaz Peña. — Secretario primero, D. Francisco Salmerón Arjona. — Secretario segundo, D. Clemente Santaolalla. — Vocales, D. Ramón Zapata Vicent; D. Clemente Gordillo; D. José Bustos Lozano. — Bibliotecario, D. Domingo Díaz López. — Tesorero, D. Diego Salmerón Iglesia.

Han sido nombrados socios honorarios, D. José Rumi Fuentes; D. Francisco Padilla Guerrero, y D. José Miguel Pinteyno.

Al igual que nuestros hermanos de Madrid, enviamos nuestro afectuoso saludo al mencionado círculo de Cartagena.

Progresos en óptica.—Los poderosos telescopios de los observatorios de Pultawa, Cambridge y Chicago, van á ser pronto vencidos por otro rival mas poderoso que ellos; cuyo objetivo, elaborado recientemente en Inglaterra, mide 635 milímetros de diámetro. El tubo de este nuevo telescopio, es de acero; y el peso total del aparato, será de 9,000 kilogramos. Con la ayuda de tan colosal instrumento, la luna se verá como si estuviera situada á la distancia de 128 kilómetros.

Pero segun vemos en un periódico, pronto tendrá su superior el citado telescopio; pues se está construyendo uno en los Estados Unidos cuyo objetivo será de 69 centímetros y se le destina á ser colocado en la cumbre de Sierra-Nevada (Estados Unidos); punto en que la atmósfera es constantemente muy pura, y cuya elevación sobre el nivel del mar es de 2.700 metros.

Ultimamente: el génio emprendedor de los norte-americanos, ha ideado la construcción de otro aparato mucho más poderoso que los mencionados. Con este telescopio—áun en proyecto—que costará al gobierno de la Union, un millon de dollars, la Luna se presentará á la corta distancia de 4 á 5 kilómetros. La cuestión de la habitabilidad de nuestro satélite, quedará probablemente resuelta si se lleva á cabo la realización de este proyecto, y no surgen dificultades imprevistas por los sabios. Preciosos serían tambien los descubrimientos que en los planetas vecinos podrían hacerse con este gigante y muchos los problemas que se resolverían satisfactoriamente.

ANUNCIOS.

— Está ya terminada la reimpresión del Libro de oraciones. Esta nueva edición ha sido muy considerablemente aumentada. Los que deseen adquirirlo, pueden dirigir sus pedidos á los puntos de venta de las obras de la Sociedad.

Suplicamos á los periódicos que cambien su publicación con la nuestra, se sirvan insertar el resumen de materias de los números de la Revista, si en ello no hay inconveniente.

— Aquellos de nuestros suscriptores que no reciban los números de la Revista, á causa de las circunstancias actuales y por consecuencia del mal estado de las vías férreas, sírvanse avisarlo á esta Administración para mandarles duplicados.